
Ezequiel: maestro y amigo

José Varela Ortega

Conocí a Ezequiel Gallo en Oxford, a fines de los años sesenta, de la mano –como tantos otros– de Joaquín Romero Maura. Por entonces, Ezequiel había terminado su doctorado en Oxford y, muy poco después, ocupó la cátedra de Latin American Studies de la Universidad de Essex, aunque tengo la impresión de que su centro intelectual seguía ubicado entre Woodstock y Banbury Rd., en St. Antony's College: afortunadamente, para quienes por entonces iniciábamos nuestra andadura como historiadores en un entorno intelectualmente tan vivo, fascinante e internacional como difícilmente repetible.

Desde entonces, le vi y charlé con él en incontables ocasiones, tanto en Inglaterra (hasta 1974), como en España y en la Argentina, hasta casi su desaparición (la última vez fue en una residencia del centro de Buenos Aires y me despedí más feliz que entristecido de que me hubiera reconocido perfectamente). Ezequiel era un conversador inagotable y entretenidísimo: un gran relator de historias de toda laya, un observador minucioso e inteligente, que alimen-

taba un espíritu dotado de eso que llamaban los ilustrados franceses *la grande curiosité*, en singular y atractiva combinación con un carácter envidiable y un inagotable sentido del humor, al servicio de una profunda elegancia personal e intelectual.

Por eso, amén de disfrutar, aprendí tanto de él. En 1970, Ezequiel había presentado su tesis de doctorado en Oxford y publicado su trabajo «Agrarian expansion and industrial development in Argentina (1880-1930)»: un trabajo rompedor (admirablemente descrito en el artículo de Fernando Rocchi estampado en estas páginas), que, partiendo de una producción agrícola orientada al mercado internacional, cuestionaba severamente el dogma en boga entonces de un crecimiento necesaria y únicamente fundamentado en la expansión del mercado interno. A la sazón, yo —en mi tesis sobre la Castilla del último tercio del XIX— estaba precisamente centrado en el terremoto económico (y, eventualmente, político) que la trepidante expansión agraria de países nuevos, con tierra abundante y mayor productividad estaban desencadenando en Europa continental; primero en Francia, luego en Italia y, por fin, en la España interior de tierras de cereal de escasa productividad. El enfoque comparativo e interdisciplinar de Ezequiel me resultó fascinante: él fue también quien me presentó a Max Hartwell (el famoso historiador económico australiano y, durante algún periodo, su director de tesis) y ambos me animaron a sumergirme en los archivos del Ministerio español de Agricultura, cuestionando vivamente el impacto, que los europeos continentales tenían por positivo, del tratamiento de la agricultura como una *infant industry* y su corolario: los aranceles proteccionistas de los años ochenta y noventa del ochocientos en la Europa continental. Las conclusiones de aquellas enseñanzas e investigaciones fueron chocantes: al menos en España, el área cultivada y las producciones totales habían crecido, pero a costa de la productividad, roturando tierras de pasto y ocasionando una disminución de la cabaña ganadera.

Los trabajos de Ezequiel sobre Santa Fe, que a los pocos años cristalizarían en un libro seminal (que dicen los americanos) y ejemplar, *La Pampa gringa*, nos condujo a ambos a una intensa relación intelectual: la ruptura democrática del sistema oligárquico de lo que Natalio Botana llamaría «gobiernos-electores», en relación –y, en parte como consecuencia– de la ley electoral Saenz Peña de 1912 y la victoria radical de 1916 (el año, dicho sea de paso, del primer viaje de Ortega a la Argentina). Un proceso temprano de democratización, muy madrugador en relación a la mayor parte de Europa (el Reino Unido incluido), y bien anterior a la primera gran oleada democrática que sucede a la Gran Guerra. Un proceso que constituía el tema central de mi tesis en Oxford, traducida y publicada posteriormente en castellano con el título de *Los amigos políticos*. Me parece que a Ezequiel le interesó la organización y cristalización en España de la Restauración de 1875: un régimen que buscaba evitar ese «cementerio de proyectos [y gobiernos] hegemónicos» del que nos habla, en otro contexto, Natalio Botana, en su espléndido artículo, para lograr que la seguridad de un «turno pacífico» desincentivara el caudillismo político-militar. Y también pienso que le divirtió comprobar cómo una competencia política libre iba abriendo huecos democráticos en un régimen inicialmente diseñado para satisfacer, alternativamente, a «los señores del poder» y a sus clientelas.

Ezequiel vivió en primera persona, en relación estrecha con múltiples interlocutores, y con un interés apasionado que, sin embargo, nunca turbó su agudo temple profesional, todo el proceso de cambio en una España que el había conocido a principios de los años sesenta y de la que se despidió doblado ya el siglo. Muchas veces me dijo que era de los países que había visto transformarse más profundamente. Tampoco se le escaparon las claves de la Transición democrática. Alguna de ellas me la repetía constantemente: «acá, unos y otros han comprendido que hay cosas que no

se pueden hacer ni en política ni en economía». Apreciaba, en efecto, la virtud de la prudencia, pero lo que de verdad le emocionaba era la capacidad de transformación de la libertad y constatar el cambio profundo de la mentalidad en una sociedad. Recuerdo una ocasión en que me abordó muy impresionado porque había registrado algún programa de radio y televisión sobre «jóvenes emprendedores»: «de modo –me dijo– que el término emprendedor, por más trabas artificiales que le pongan, ha pasado acá a considerarse una virtud». Y, *sensu contrario*, le «volaba» (que dicen en español rioplatense) el nacionalismo enteco, provinciano, resentido y desubicado. Yo, a veces, para «cargarle» (hacerle rabiar, en castellano peninsular), le llevaba a un restaurante argentino de carne, bueno, pero que las servilletas componían la bandera albiceleste y una de las paredes aparecía decorada con un enorme mapa de la Argentina a escala que contenía todos los países de la Unión Europea, y aún sobraba mucha Argentina. La leyenda le enfureció: «¿De quién es la culpa?», se leía retadoramente. A la segunda visita, me dijo: «no me vuelvas a traer acá, porque “la culpa” es precisamente de estos que han fabricado este mapa y su leyenda».

Sentado lo que antecede, para mí –para todos nosotros en *Revista de Occidente* y en la Fundación José Ortega y Gasset, en España y en la Argentina– Ezequiel Gallo tiene otra dimensión institucional y pedagógica de suma importancia. Durante años, Ezequiel impartió cursos de doctorado en el Instituto Universitario Ortega y Gasset y yo mismo asistí como oyente a alguno de ellos, porque el profesor Gallo explicaba como nadie la Ilustración escocesa y los orígenes –y fundamento– del pensamiento liberal en Europa y en América. Pero la influencia de Ezequiel llegó mucho más lejos: hizo posible la docencia misma, porque el suyo fue también un aliento institucional. Ezequiel atrajo a la Fundación una generación inigualable de científicos sociales (término que a él,

como a Hayek, le gustaba poco) argentinos. Guido di Tella, una de las personas más inteligentes, atractivas, divertidas y generosas con las que me he tropezado en esta vida y al que debemos cumplido homenaje; Natalio Botana (cuyo luminoso trabajo *El orden conservador*, mojón y seña de toda una época, sigue navegando como ejemplo del buen hacer histórico); Roberto Cortés Conde, lúcido, aunque implacable, economista que nos enseñó tantas cosas (yo, en concreto y en mi último libro, recordé con provecho como Roberto me había definido aquel sistema imperial de otro tiempo como un imperio minero); Alieto Guadagni, el más listo del pueblo, que dirían los castizos, y uno de los pocos economistas que conozco capaz de formular predicciones acertadas; Oscar Cornblit y Ezequiel de Olaso; Manuel Mora y Araujo, el mago de las encuestas; y, por fin, Francis Korn, que desmontó (a mí, al menos) ese mito de las (mal) llamadas «clases medias», tan bien como lo hiciera Lewis Namier en Inglaterra mediado el siglo pasado o Mesonero Romanos en España ciento y pico años antes.

En fin, este grupo de argentinos que nos llegó de la mano de Ezequiel han sido tantos y tan buenos... Eso sí, un embajador de España, a quien le presenté a casi todos, me espetó: «tus amigos, de primera, pero de lo que no estoy seguro es de que sean un fiel reflejo de la realidad mayoritaria del país». Sin embargo, gentes de esa calidad humana e intelectual, empezando por el propio Ezequiel Gallo, están siempre muy por encima de la media de cualquier país. Y, en todo caso, en muchos de nosotros, han servido para apuntalar y renovar la esperanza, que, en mi caso, heredé de mis abuelos y de mi madre, de esa Argentina generosa e inteligente a la que tanto debemos.

Uno empieza a sentirse viejo cuando le faltan amigos e interlocutores con los que tanto ha conversado. Al doblar las páginas del libro que acabo de finalizar, sentí cuánto extrañaba la ausencia de Ezequiel. Y, de pronto, recordé una tarde en El Escorial, en que

visitamos la pinacoteca y la biblioteca, la mejor –y la más heterodoxa de su tiempo– que Ezequiel me dijo pensativo: «tengo la impresión de que esta parte de nuestra historia común no nos la hemos contado bien a nosotros mismos». Como, al parecer, aseguraba Quevedo, a través de los libros, uno termina hablando con los muertos. Pero, Ezequiel Gallo no se ha ido: para mí, se ha desvanecido porque yo sigo intentando adivinar sus preguntas e imaginándome sus respuestas.

J. V. O.

